

con el terrible empuje. De este modo, el aplana-
miento del Panteón destruyó, hace un siglo, parte de
las bóvedas de la montaña de Santa Genoveva.

Cuando una alcantarilla se hundía bajo la pre-
sión de las casas, el desorden, en ciertas ocasiones,
subía á la calle por una especie de grietas, como
dientes de sierra entre los adoquines; grietas que
formaban una línea serpenteante en toda la longitud
de la bóveda hendida.

Acontecía á menudo que el destrozo interior no
se revelaba por ninguna hendidura exterior. Enton-
cés, ¡pobres poceros!; porque entrando sin precau-
ción en la alcantarilla, estaban expuestos á eclipsarse.

Los antiguos registros hacen mención de algunos
eclipses de esta clase y hasta citan los nombres de
las víctimas; entre otros, el del pocero que desapare-
ció en el hundimiento debajo de la calle de Carè-
me-Prenant, llamado Blas Poutrain, hermano de
Nicolás Poutrain, el último sepulturero del cemen-
terio conocido por el Osario de los inocentes en 1785,
época en que este cementerio tuvo fin.

Sucedió una cosa análoga al joven y elegante viz-
conde de Escoubleau, citado antes, que fué uno de los
héroes en el sitio de Lérida, donde se dió el asalto, con
medias de seda y una banda de violines á la cabeza.
Escoubleau, sorprendido una noche en casa de su
prima, la duquesa de Sourdis, se ahogó en el hun-
dimiento de la alcantarilla de Bautreillis, donde se
había refugiado, huyendo del duque. La señora de
Sourdis, cuando le contaron esta muerte, pidió su
pomito y se olvidó de llorar á fuerza de respirar
sales. En tales casos no hay amor que resista el
aliento de la cloaca. Hero se niega á lavar el cadáver
de Leandro. Tisbe se tapa la nariz delante de Pira-
mo y dice:—¡Puf!

VI

EL CENAGAL

Encontrábase Juan Valjean junto á un abismo
de cieno.

Esta clase de derrumbamientos eran entonces muy
frecuentes en la alcantarilla de los Campos Eliseos,
que se sometía con dificultad á los trabajos hidráu-
licos y conservaba poco las construcciones subterrá-
neas, por la excesiva fluidez del suelo. Esta fluidez
deja atrás la inconsistencia de las arenas mismas del
barrio de San Jorge, que han necesitado cimientos
de roca en hormigón, y de las capas gredosas infec-
tadas por el gas del barrio de los Mártires; tan líqui-
das que no han podido pasarse por debajo de la
galería del mismo nombre, sino mediante un tubo
de fundición.

Cuando en 1836 se demolió en el arrabal de San
Honorato, para volverse á construir, la antigua alcan-
tarilla de piedra, donde vemos ahora á Juan Valjean,
la arena movediza que constituye el suelo interior de
los Campos Eliseos hasta el Sena, se opuso é hizo
durar la operación seis meses, con gran escándalo
de los ribereños, sobre todo de los ribereños que
tienen palacios y carruajes. Las obras, además de
difíciles, fueron peligrosas; aunque es verdad que

hubo cuatro meses y medio de lluvia y tres crecidas del Sena.

El hundimiento que encontró Juan Valjean provenía del chaparrón de la víspera. El empedrado, mal sostenido por la arena subyacente, se había rebajado, dando lugar á que se estancase allí el agua. Siguióse la filtración y luego el derrumbamiento. El zampeado, arrancado de su sitio, se sumergió en el cieno. ¿Hasta qué extensión? Imposible decirlo. En aquel punto la obscuridad era más espesa que en todos los demás. Era un agujero de lodo en una caverna de noche.

Juan Valjean sintió que le faltaban las baldosas y entró en aquel fango. Agua en la superficie, légamo en aquel fondo. Pero había que pasar. Retroceder era de todo punto imposible. Mario estaba espirante y Juan Valjean extenuado. Por otra parte, ¿á dónde iría? Juan Valjean siguió adelante; tanto más, cuanto que el hoyo parecía al principio poco profundo. Pero á medida que avanzaba sumergíanse sus piés. Pronto el cieno le llegó á media pierna y el agua por cima de las rodillas. Continuó, sin embargo, y con los brazos levantados sostuvo á Mario sobre el agua. El cieno le pasaba ya de las corvas y el agua de la cintura. Imposible retroceder. Hundíase cada vez más, y aquel fango, bastante denso para el peso de un hombre, no podía sostener dos. Trabajo habría costado á Mario y á Juan Valjean salir de allí, aún aisladamente.

Juan Valjean continuó avanzando, con aquel moribundo, que tal vez fuese un cadáver, á cuestas.

El agua le llegaba á los sobacos. Conocía que iba á zozobrar y apenas podía moverse en el hoyo de cieno donde estaba. La densidad, que era el sostén, era también el obstáculo. Tenía levantado siempre á Mario sobre el agua, y con esfuerzos inauditos se-



El cieno le pasaba ya de las corvas y el agua de la cintura

guía adelante; pero no sin sumergirse más, hasta no quedarle visibles sino la cabeza y los brazos que sostenían al joven. En los antiguos cuadros del diluvio, hay una madre que hace esto mismo con su hijo.

Todavía continuó hundiéndose; y para librarse del agua y poder respirar, echaba hacia atrás la cara. Quien le hubiese visto en aquella obscuridad, habría creído ver una máscara flotante en la sombra. Divisaba vagamente por cima de él la cabeza colgando y el rostro lívido de Mario. Hizo un esfuerzo desesperado y lanzó el pie adelante. El pie tropezó en una cosa sólida, en un punto de apoyo; ya era tiempo.

Afirmóse con una especie de furia en aquel punto de apoyo, lo cual le produjo el efecto del primer peldaño de una escalera para subir de nuevo á la vida.

El punto de apoyo que el fango le ofreció en el momento supremo, era el principio de la otra vertiente del zampeado, que había cedido sin romperse, encorvándose debajo del agua como una tabla de una sola pieza. Los enlosados bien contruídos forman bóveda y tienen esta clase de firmeza. El fragmento del zampeado, en parte sumergido, pero sólido, era una verdadera rampa; la vida estaba en salvo. Juan Valjean subió por aquel plano inclinado y pronto estuvo al otro lado del cenagal.

Al salir del agua, tropezó en una piedra y cayó de rodillas. Le pareció justo y permaneció allí algún tiempo, con el alma abismada en la contemplación divina.

Levantóse tiritando, helado, infecto, doblándose bajo el peso del moribundo que llevaba consigo, cubierto de fango y con el alma inundada de una extraña claridad.